

Willy Vlautin

La noche siempre llega





Seix Barral Biblioteca Formentor

Willy Vlautin

La noche siempre llega

Traducción del inglés por
Jesús Carrasco

Título original: *The Night Always Comes*

© Willy Vlautin, 2021

© por la traducción, Jesús Carrasco, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-322-4211-3

Depósito legal: B. 7.751-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Kenny la agarró por el tobillo con las dos manos y empezó a tirar de ella para sacarla de la cama. Una pequeña lámpara sobre la cómoda era la única luz de la habitación y él estaba frente a ella vestido con su camiseta de Superman y sus pantalones de pijama. Era invierno y el radiador portátil que había en medio de la habitación calentaba poco, por lo que su respiración formaba pequeñas nubes que se desvanecían.

Lynette se despertó súbitamente y miró al reloj en la mesilla de noche: las tres de la madrugada.

—Voy a dormir quince minutos más, así que, por favor, no me toques ni digas nada hasta entonces.

Aunque tenía treinta años, salió de la cama vestida con los pantalones de una niña de diez y calcetines de lana. Apagó la luz de la cómoda y volvió a meterse bajo el edredón.

En la oscuridad, la respiración de Kenny se hizo más ruidosa.

—Vete arriba —gritó Lynette.

Kenny empezó a sollozar.

—Por favor —suplicó ella, pero él no paró, sino todo lo contrario, así que, finalmente, Lynette encendió la lámpara de la mesilla de noche que había junto al despertador y lo miró—. Dios, no empieces a llorar. Es muy temprano y estoy agotada y ya sabes que me pongo insoportable cuando estoy agotada. Pero aun así bajas cada mañana aunque sabes que no debes hacerlo. Cada mañana lo mismo.

Kenny tenía la cara enrojecida y algunas lágrimas rodaban desde sus ojos.

—Venga, para ya. Estoy muy cansada para que llores. Tienes que dejarme dormir. —Se tapó la cabeza con la sábana, las dos mantas y el edredón y desde allí debajo añadió—: Conoces las normas. Tienes que esperar hasta que suene el despertador. Esa es la regla. Cuando la alarma suene puedes bajar. Antes no. Te lo he dicho un millón de veces. Solo tienes que quedarte arriba, en la escalera. Esperas hasta oír el despertador. Lo hemos hablado muchísimas veces. ¿No te acuerdas?

Su hermano negó con la cabeza.

—Puedo saber que te acuerdas solo por cómo respiras.

Kenny volvió a negar al tiempo que empezaba a sonreír y le agarraba una pierna por encima de la ropa de cama.

Ella apartó el edredón.

—Joder, vale, está bien, tú ganas. Pero solo me levanto si tú te lavas los dientes.

Kenny negó de nuevo.

—Tu aliento podría matar a alguien. Incluso con el frío que hace puedo olerlo. Ponte el chándal limpio que te dejé listo, lávate los dientes y mientras tanto yo me preparo para ir a trabajar. ¿De acuerdo?

Kenny negó con la cabeza una vez más.

—En cinco segundos voy a volver a enfadarme. —Lynette señaló las escaleras hasta que su hermano empezó a ir hacia ellas. Desde la cama lo vio marcharse.

Kenny tenía treinta y dos años y no paraba de engordar. Su cuerpo se había convertido en una pera. Medía casi uno ochenta y caminaba como un pato. Tenía el pelo castaño y fino y una calva que le crecía en la coronilla. Sufría ataques todos los meses y no hablaba salvo por algunos sonidos que emitía, similares a palabras. Los médicos decían que tenía la inteligencia de un niño de tres años, lo cual a veces parecía poco y otras, demasiado.

Kenny subió pesadamente las escaleras y solo entonces Lynette salió de la cama.

Los cimientos de la casa se pusieron en 1922 usando hormigón defectuoso. Durante las lluvias invernales aparecían filtraciones en varios puntos.

A lo largo de los años, pequeñas secciones de los muros se habían debilitado haciendo que el cemento empezara a desmenuzarse. Su primer case-ro contrató a una empresa para que reparara los cimientos, pero murió, y su hijo, que vivía en la costa cerca de Astoria, heredó la casa. No les había subido el alquiler en once años dando por hecho que así no lo molestarían con reparaciones. Y no lo hicieron, así que el sótano siguió filtrando agua.

En el extremo opuesto al lugar en el que estaba la cama de Lynette había una lavadora secadora en buen uso, una caldera de gasoil de los años sesenta, un fregadero de hormigón y baldas llenas de cajas. Cuando estaba en el instituto ella misma había pintado su parte del suelo de azul oscuro y las paredes de azul claro y había colgado pósteres. El suelo de la habitación había conservado el color, pero los pósteres ya no estaban y las paredes ahora se veían blancas y desnudas. Lynette tenía la vieja cama de matrimonio de su madre, una cómoda que venía con la casa, dos de cuyas patas habían sido sustituidas por ladrillos, y, fijada al techo, una vara de madera de casi dos metros de largo en la que tendía su ropa.

Se puso los pantalones de trabajo y una camiseta azul marino en la que se leía 9TH STREET BAKERY en letras amarillas. En una mochila guardó una muda y su trabajo de clase y subió a la planta de arriba, donde encontró a su madre dormida en el sofá con la televisión encendida. Lynet-

te la apagó y entró al baño. No habían tirado de la cadena y había papel higiénico por el suelo. Lo recogió y accionó la cisterna. Limpió la tapa antes de sentarse y, cuando terminó, se lavó la cara y los dientes y se peinó.

Kenny estaba sentado en la cama de su cuarto, vestido con un pantalón de chándal y una sudadera con capucha a juego de los Portland Trail Blazers. Las paredes del dormitorio estaban cubiertas con pósteres antiguos de los Blazers, los Winterhawks y los Beavers. Dormía en una cama individual que había en un rincón de la habitación, cubierta con una colcha negra, roja y blanca de los Trail Blazers. Una lámpara de noche de Superman descansaba sobre una cómoda. Otras dos luces de noche con motivos de Superman estaban enchufadas en la pared.

—Zapatos —dijo Lynette.

Kenny sonrió, pero negó con la cabeza.

—Deja de hacer tonterías o vamos a llegar tarde. —Recogió del suelo dos pantalones de chándal, los olió y luego los dobló y los colocó encima de la cómoda. Encontró el gorro de punto rojo y negro de los Blazers y se lo puso a su hermano en la cabeza—. No te lo quites. Es una orden. No podemos seguir perdiendo gorros.

Buscó calcetines por el suelo, encontró dos, los olió y se los puso a su hermano en los pies.

—Mañana te cortamos las uñas.

Kenny negó con la cabeza.

—Se te están poniendo asquerosas. ¿Me dejas ver qué has metido en tu mochila?

Su hermano abrazó la mochila con fuerza.

—Venga, Kenny.

Volvió a negar.

—Vale, como quieras. Nos ponemos los zapatos y en marcha.

Lynette lo cogió de la mano y fueron hasta la habitación principal, donde la televisión estaba de nuevo encendida.

—¿No puedes dormir? —preguntó Lynette.

La madre los miró desde el sofá. Estaba arropada con una manta eléctrica con estampado de leopardo.

—Siempre se me olvida lo pronto que os levantáis. —Se estiró hacia la mesita de café, cogió los cigarrillos y el mechero y encendió uno mientras se recostaba—. ¿A qué hora lo traerás a casa?

—Salgo de clase a las dos. Estaré aquí sobre las dos y cuarto y luego entro a trabajar a las tres y media. He llamado a Sally, pero no puede encargarse de él. Supongo que lo encerraré en su cuarto y le pondré una película. Estará solo nada más que un par de horas si tú vuelves a casa en cuanto termines.

La madre tosió.

—Puede que no vaya a trabajar hoy.

—¿Estás enferma?

La madre asintió mientras un hilo de humo salía de su boca.

—Entonces puedes cuidar tú de él.

La madre negó lentamente con la cabeza.

—Qué va... Ya me gustaría. En realidad tengo que ir. —Dejó el cigarrillo en el cenicero, se incorporó y dijo—: Ven aquí, Superman. —Dio unas palmadas en el sofá y Kenny se acercó a ella—. Sé un buen chico hoy. Haz lo que tu hermana te diga. —Lo besó en la frente y volvió a recostarse.

Lynette echó la llave de la puerta principal y, en el porche, se subió la cremallera del abrigo y luego hizo lo propio con Kenny. A su espalda, la vieja casa tenía las paredes revestidas de fibrocemento gris y ventanas blancas de cristal simple. La vivienda tenía unos noventa metros cuadrados y al otro lado del camino de acceso había un muro de hormigón que tapaba la vista y algo del ruido del tráfico de la Interestatal 5.

Era enero, llovía y hacía una temperatura de cinco grados cuando Lynette y su hermano cruzaron el césped en dirección a su Nissan Sentra del 92. Lynette abrió la puerta del pasajero y Kenny se subió. Le puso el cinturón de seguridad y luego rodeó el vehículo hasta la puerta del conductor. El coche arrancó al segundo intento. La calefacción llevaba un año sin funcionar, así que su respiración empañaba los cristales por dentro. Condujo con una mano en el volante y la otra sujetando un trapo que usaba para limpiar la condensación y el vapor del parabrisas.

—Un coche rojo nos está adelantando —le dijo a su hermano sin entusiasmo—. ¿Lo ves?

Kenny sonrió mientras lo señalaba con el dedo.

Lynette puso la mano sobre el brazo de su hermano y apretó.

—Quizá ver un coche de tu color favorito tan temprano signifique que vamos a tener un día de suerte.

Cruzaron el puente Fremont en la noche aún oscura. La radio sonaba y seguía lloviendo. Kenny miraba las borrosas luces de Portland y Lynette se apoyó en la puerta del conductor y suspiró.